

Judas, Caínes, Baltasares y otros traidores y tiranos... Literatura de la Decena Trágica (1913)

Judas, Cains, Balthazars and Other Traitors and Tyrants... Literature of Decena Trágica (1913)

BEATRIZ GUTIÉRREZ MUELLER

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México). 2 Oriente 410, “Casa Amarilla”, Col. Centro, Puebla, Pue., México.

Dirección de correo electrónico: cuca599@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7554-1838>

Recibido: 15-1-2020. Aceptado: 11-3-2020.

Cómo citar: Gutiérrez Muelle, Beatriz, “Judas, Caínes, Baltasares y otros traidores y tiranos...”, *Literatura de la Decena Trágica (1913)*”, *Castilla. Estudios de Literatura* 11 (2020): 251-274.

Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.251-274>

Resumen: Los “lugares comunes” extraídos de la Biblia en la literatura han sido usados durante siglos. En este trabajo se revisa cómo leyendas y pasajes del libro sagrado del cristianismo fueron usados en producciones literarias o periodísticas de índole política, por simpatizantes del movimiento maderista, para persuadir a la opinión pública sobre los sucesos de la Revolución de 1910 y hasta después del asesinato del presidente Francisco I Madero, de 1913, para denunciar la traición del Ejército.

Palabras clave: retórica; Revolución mexicana; realismo; literatura política; escritores del maderismo.

Abstract: “Common places” extracted from the Bible in literature have been used for Centuries. This work reviews how legends and passages from the holy book of Christianity were used in political literary or journalistic productions by Maderism fans, to persuade public opinion about the events of the Mexican Revolution and even after the assassination of the president Francisco I. Madero, in 1913, to denounce the Army's betrayal.

Keywords: Rhetoric; Mexican Revolution; realism; political literature; writers of Maderism.

INTRODUCCIÓN

El surgimiento de la Revolución mexicana, en 1910, trajo consigo un cambio de orden. Una de las conquistas, plasmada en la Constitución de

1917, fue el derecho de imprenta. Esta ganancia para la prensa se obtuvo luego de décadas de lucha de poetas y periodistas que reclamaban la libertad de expresión. Como no estaba garantizada en la práctica pese a ser un derecho constitucional (Constitución Política de 1857) —e, incluso un poema podía ser observado como subversivo—, podemos notar hoy que, durante el gobierno de Porfirio Díaz, fueron escasas las piezas literarias que interrogaran sobre el *statu quo* y, antes bien, se multiplicaban ideales de vida propios del Romanticismo, que, llegado de Francia, se instaló en México con comodidad poética.

A principios del siglo XX en México, la poesía no era un vehículo público de protesta o denuncia social. Y si aparecía algún poema, se recitaba en pequeños grupos cerrados o se reservaba para circular de mano en mano, como muchos de los poemas en la España de Cervantes, Francisco de Quevedo y Lope de Vega. Si acaso el decadentismo o el simbolismo declamaron una tristeza secular o social, como corriente literaria en México y en Latinoamérica no antojaron mucho a los lectores comunes; más éxito tuvo el realismo y el modernismo en aquella recta que se detiene en 1910. Los nuevos talentos veían con optimismo emerger estos versos libres que Pedro Henríquez Ureña, testigo en el país en ese tiempo, rememoró en 1925:

El prelude de esta liberación está en los años de 1906 a 1911. En aquel periodo, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medieval. [...] En la literatura, a la tiranía del “modelo clásico” había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura, en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado: el único camino era imitar a Europa (Henríquez Ureña, 1984: 290).

1. LA PREDICACIÓN Y LOS LUGARES COMUNES

De modo que, para principios del siglo XX en México, seguían empleándose modelos románticos y, en particular, técnicas y estrategias literarias de la antigüedad grecorromana; como la de los *lugares comunes* que se exponían en clases de escuelas preparatorias. Para situarnos bien en este modelo y llegar a la materia que se propone este trabajo; esto es, estudiar los lugares bíblicos como lugares comunes en la poética mexicana alrededor de la Revolución de 1910, es necesario recordar qué era imperativo comunicar en el pasado.

Por ejemplo, los moralistas y predicadores medievales (ya denunciada la inclinación a la “rigidez medieval”, por Henríquez Ureña) tuvieron por obsesión responder a la pregunta: “¿Dónde están los que vivieron antes que nosotros?” (*Ubi Sunt qui ante nos in mundo fuere?*). De igual modo, en el Barroco, la escritura con fines pedagógicos estuvo presente en prácticamente todos los autores más conocidos; un buen ejemplo es la escritura moral quevediana. El poeta español fue asiduo a citar a Job (Arellano, 2004). En los siglos por venir, los poetas neoclásicos, románticos y modernistas del mismo modo prefirieron la Biblia con nuevas interpretaciones. Por ejemplo: Ramón López Velarde, contemporáneo a los hechos de la Revolución mexicana, se inclinó a plasmar su respeto por el Antiguo Testamento como sucede en el poema “La sangre devota”, y usó varios nombres femeninos como sus musas: Ruth, Rebeca y Sara, por ejemplo (Villaurrutia, 1998: 456-472).

Los poetas consagrados al oficio —cuando menos en occidente y, por herencia, en Hispanoamérica, como podemos anticipar— buscaban construirse una imagen mística. Esto explica las constantes alusiones a su tarea poética como una consagración a través de la creación literaria. Los sujetos que tomaron prestados también fueron extra-bíblicos, como los clásicos grecolatinos, pero casi siempre recurrieron a los lugares comunes de la Biblia. Michel de Certeau (1993: 259), a propósito, afirma que la hagiografía del XIX al XX colocó en el centro al cristiano devoto, pero también a “otros personajes, los de la política, del crimen o del amor, [quienes] sustituyen a los «santos», pero se mantiene la división entre las dos series”; así, este género (la vida de los santos) se convirtió no solo en erudito sino en edificante para un público común, creyente o no.

Los lugares comunes, como en toda moda literaria, cambian. Lo que no varía, es usarlos porque brindan elegancia (ornato) al verso o a la narración, aunque ello no confirma que los escritores sean eruditos.

Es sabida la manera como Cicerón ponderó la elocución. Sus enseñanzas se seguían ofreciendo en la escuela mexicana de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, aún en nuestros días, como otros clásicos grecolatinos. ¿Quién es elocuente, según el latino? “El que es capaz de decir las cosas sencillas con sencillez, las cosas elevadas con fuerza, y las cosas intermedias con tono medio [...]” (Cicerón, (100-101), 2001: 70-71).

Además de la elocuencia, en la escuela mexicana se seguía enseñando la valía de la imitación (*imitatio*),¹ y en ello llevaba mano la influencia francesa. Para Vogt (1990: 110), el periodo que aquí se aborda —cuando emergen estos escritores militantes del maderismo—, ha recibido una gran influencia del naturalismo francés porque “solo los autores modernistas se abren completamente a las nuevas corrientes literarias de Francia”. Así también lo comprendía Genaro Estrada, al menos al referirse a la poesía de Manuel José Othón. Este escritor compartía simpatías tanto entre los “modernos” como entre “los partidarios de la tradición clásica”, “de ahí sus relaciones con los puristas americanos, más exigentes quizá en la limpieza del lenguaje que los puristas españoles” (Estrada, 1916: 212). Othón era un “hombre para quien el mundo exterior existe” y por ello supo copiar la naturaleza según la veía “sin recurrir a métodos convencionales” y así se convirtió en “innovador”. Todo esto en él “era una realidad y no un lugar común”: “pinta al aire libre” y al natural, no en caballete; es “paisajista de amplia y verdadera paleta, todo puede copiarlo” (213).

Los lugares comunes fueron, desde Aristóteles, los contextos que seleccionar para colocar imágenes, palabras, ideas. En *Tópicos*, el filósofo expuso el método porque el objetivo principal —como a su manera enunció un teórico muy conocido en la etapa que estudiamos, Narciso Campillo y Correa, en el siglo XIX—, era la educación de la ciudadanía y propiciar la comunicación entre los hombres. Los tópicos formaban parte del método dialéctico, pensado para exponer dicotomías:

La demostración de las definiciones consiste ahora en buscar, mediante el uso de esquemas dicotómicos, todos los contextos en que puede aparecer el nombre del objeto, a fin de comparar en cada caso la identidad de su definición. Tales contextos funcionan, así pues, como “lugares” (*tópoi*) del “silogismo de definiciones” (Racionero, 2008: 32).

¹ ¿Cómo podía lograrse, por ejemplo, para Sebastián Fox Morcillo, en su preceptiva del siglo XVI? “Entonces, este es, a mi entender, el procedimiento común a imitar: igual que hay tres géneros de decir trazados y cultivados por los eruditos, uno humilde (el de las cartas y comedias), otro medio (el de la historia y la filosofía) y otro sublime (el de los discursos y declamaciones), si se quiere imitar correctamente el estilo ajeno, se deberá observar ante todo la naturaleza del asunto propuesto y a ella se aplicará esa misma forma de decir. Es decir, a las cosas moderadas, que no se han de tratar ni con vulgaridad ni con violencia, se acomoda el estilo medio; a las vulgares, como cartas familiares y coloquios, el humilde; a las elevadas, el vehemente” (Fox Morcillo en Pons Rodríguez, 2006: 5).

Los tres tipos de géneros discursivos en la *Retórica*, según Aristóteles, se emplean según el tipo de público al que van dirigidos. El tiempo futuro es para la deliberación, el pasado es para la acción judicial “ya que siempre se hacen acusaciones o defensas en relación con acontecimientos ya sucedidos” y el presente es para la epidíctica “puesto que todos alaban o censuran conforme a lo que es pertinente al caso, aunque muchas veces puede actualizarse lo pasado per medio de la memoria y lo futuro usando conjeturas” (Aristóteles, 2008, (1358b): 195-196). El demostrativo debía ajustarse al tiempo presente, como en la oratoria sagrada.

Aristóteles, también en *Retórica*, definió que la oratoria epidíctica se emplearía para abordar la cuestión de la virtud y del vicio; de lo bello y de lo vergonzoso: los lugares comunes se creaban para plantar en ellos dicotomías con el fin de ensalzar o condenar.² Para el elogio o el vituperio, nada mejor que la amplificación. Los motivos para halagar a alguien, por ejemplo, se han de encontrar en el sujeto mismo; y si no se encuentran:

[...] se deberán hacer comparaciones con los demás [...]. En este caso, sin embargo, es conveniente hacer la comparación con gentes de fama, porque, si fuese mejor que los que se ponen como ejemplo de virtuosos, será amplificador y bello. De todos modos, la amplificación, entra con todo fundamento en el elogio, puesto que se cifra en una superioridad y la superioridad es una de las cosas bellas. Y por eso, aún si no con gentes de fama, conviene hacer comparaciones [con] cualesquiera otros, dado que la superioridad, según parece, revela virtud (1368a: 252-253).

Por considerar que también el presente trabajo traspasa al género judicial (condenar el crimen de Madero), unas líneas más sobre lo escrito por Aristóteles: el fin del litigio es la procuración de justicia. En *Retórica*, se comete una injusticia al “hacer daño voluntariamente contra la ley” (1368b, 255). ¿Por qué se obra así? A causa de “la maldad y la falta de dominio sobre uno mismo”. Muchas veces se ocultan los delitos, pero otras veces se realizan “por completo a las claras y a la vista de todos” y pueden ser tan grandes que, una vez ocurridos, nadie se hubiese atrevido a sospechar y, por tanto, no hay prevención posible.

² Para el filósofo, la virtud es “la facultad de producir y conservar los bienes, y también, la facultad de procurar muchos y grandes servicios de todas clases y en todos los casos” (Aristóteles, 2008: (1366b), 242). Sus partes son: justicia, valentía, moderación, magnificencia, magnanimidad, liberalidad, sensatez y sabiduría. Será bello lo que produce virtud ((1466b): 243-244).

El filósofo recomienda lugares comunes para los tres tipos de discurso. Para los objetivos de este trabajo, nos detenemos en los que se emplean para “mover a sospecha”, a los que dedica una explicación prolija. Por ejemplo, que el hecho se realizó pero que no fue perjudicial o que si lo fue la injusticia “también fue bella, y que, si causó malestar, fue, en cambio, provechosa, o cualquier otra cosa de este estilo”. O que el que “mueve la sospecha [...] ha estado ya implicado en ella, sea ahora o anteriormente”; o mezclar bienes con males (1416b, 569-570). Pone por caso “cuando Diomedes escogió como compañero a Odiseo: el uno dirá que no fue por eso, sino porque era el único que no podría ser rival suyo, por carecer de valía” (1416b, 571).

Tenemos pues que, desde la antigüedad clásica, el discurso o la poética era definido por el público al que iba dirigido. Y toda construcción épica, lírica o dramática debía ser elaborada bellamente. Cicerón otorgó mucho valor al ornato, gracias al cual “la elocuencia ha llegado a tan alto grado de prestigio”. Para ello sirve mucho la amplificación, que debe aparecer en todo el cuerpo del discurso (Cicerón, 2001: (12), 83).

Con estos antecedentes resumidos, podremos observar enseguida que las alusiones bíblicas que aparecen en las obras que citaré —y más en específico, las tomadas de la vida de Jesús— no son más que el producto de la imitación de los ancestros: desde el Medioevo hasta los poetas románticos, simbolistas, realistas o modernistas.

2. LOS LUGARES COMUNES DEL REALISMO MEXICANO

La vida nacional cambió de manera determinante tras el estallamiento de la Revolución mexicana, en 1910. Los siguientes años no la concluyeron, sino que la ahondaron: a la renuncia de Porfirio Díaz siguió un gobierno interino; después, unas elecciones federales extraordinarias (1911) en las que el caudillo Francisco I. Madero se postuló, y ganó. Pero fue asesinado a los 13 meses de iniciado su gobierno y de este modo se multiplicó la muerte y la anarquía sobre todo a partir de 1914, tema que es de todos conocido.

Los lugares comunes en el mundo literario que pudieron existir se alteraron. Lo que vivía México no era una ficción sino una realidad. No era necesario inventar sino acaso describir. Y, siguiendo a Cicerón (2001: (137-139), 88-89), el orador había de emplear las figuras retóricas para lograr los efectos buscados; por ejemplo, repetir (*commoratio* o iteración;

en nuestro caso: la traición al presidente Madero); hacer “hablar a seres sin voz” (*conformatio* o prosopopeya, por ejemplo: Madero ya asesinado), utilizar ejemplos (*exemplum*) o realizar “execraciones” (*exsecratio*).

Una revisión de la literatura mexicana de la época confirma que entre los poetas seguían empleándose tópicos bíblicos, además de la figura del héroe o antihéroe a emular o a vituperar. Para demostrar la hipótesis de este trabajo, recojo la leyenda o profecía conocida como “El festín de Baltasar” y las historias de traición entre Caín y Abel y la de Judas a Jesús. Ya antes, porque ninguna es nueva, la leyenda de Baltasar la había pintado Rembrandt, y musicalizado Händel, William Walton, Sibelius y Salvador Giner. José Carlos Mariátegui, Rubén Darío, Julio Flórez, León Felipe y otros poetas utilizaron al par de hermanos del *Génesis* para denunciar felonías, sobre todo políticas.

El poema hispanoamericano más antiguo que he hallado con la dicotomía Adán/Caín o Jesús/Judas —el primero representa a la virtud y el segundo al vicio—, es en el de Julio Flórez titulado, “¡Oh poetas!”. Aquí la estrofa específica:

[...]
 Que a nuestra voz descieran
 de lo alto, los míseros reptiles;
 todos, todos los déspotas del mundo,
 todos, todos los judas y caínes.
 [...] (Flórez, 2013: 371).³

³ Gloria Smith Avendaño (2013: 400-401) no proporciona fecha exacta de escritura, pero sí de publicación: en *Revista Gris*, septiembre de 1895. Para entonces, Miguel Antonio Caro era presidente. Este invitó a Flórez a una velada en el Teatro Colón, en 1897, pero le pidió conocer con antelación el texto que leería. El poeta se rehusó. Los cercanos al presidente, al escuchar su ensayo, lo persuadieron de que no lo declamara, situación ante la cual Flórez optó por no presentarse en dicha velada, según lo que narró Ismael Enrique Arciniegas, presente aquella noche: cuando al poeta le tocaba recitar, según el programa, y al advertir el público que en su lugar salían un cantante y un pianista, comenzaron a gritar “«¡Flórez, Flórez!»», algarabía que se extendió por diez minutos” (401).

Sin embargo, este uso dicotómico, antes bien, remite en antigüedad a Charles Baudelaire (“Caín y Abel”, de 1861) en *Las flores del mal*. El francés fue muy conocido en los círculos literarios mexicanos, sobre todo los afines a la escuela decadentista y simbolista; hablo de autores como José Juan Tablada, Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón, Jesús Urueta, Solón Argüello y Balbino Dávalos, por brindar unos nombres. La pieza de 1861 está construida a partir de binomios de razas: la de Abel y la de Caín. La de Abel es la que tripula al que “duerme, bebe y come”, el del sacrificio, relacionada con el patriarca, el que “ama y pulula”. Por otra parte, la de Caín yace en el “fango”, le “aúllan hambrientas [...] las entrañas”; está en los apetitos. En la raza de Caín es donde “tiembla de frío, ¡pobre chacal!”. El poema concluye así:

[...]
II

¡Ah, raza de Abel, tu carroña
Abonará el suelo humeante!

Raza de Caín, tu quehacer
No se cumple suficientemente;

Raza de Abel, he aquí tu vergüenza:
¡El hierro vencido por el venablo!

¡Raza de Caín, al cielo trepa,
Y sobre la tierra arroja a Dios! (Baudelaire, 2009: 240).

No se aprecia contrariedad en tal dicotomía; ambas razas tienen sentimientos, tareas, propósitos y no necesariamente se oponen; si acaso al final, en donde la raza de Caín, ascendiendo a lo alto, recibe la orden de echar a Dios hacia la tierra, suponemos que, en un acto de desprecio o desdén, o de invertir el orden: ahora Dios es la raza de Caín o de cómo ahora el asesino debe comenzar su reinado. Un análisis más profundo brindaría una mejor interpretación.

Rubén Darío también la usó, en 1892, en su poema “A Colón” (incluido en *El canto errante*, de 1907) pero no en un sentido de denuncia sino como un estamento que reportar al descubridor de América, 400 años después:

[...]
 Desdeñando a los reyes nos dimos leyes
 Al son de los cañones y los clarines,
 Y hoy al favor siniestro de negros Reyes
 fraternizan los Judas con los Caínes.
 [...] (Darío, 2018: 607).

José María Vargas Vila abordó la leyenda bíblica definiendo el rol bondad/maldad o víctima/victimario de Abel/Caín. En el preludeo del poema *Ante los bárbaros* se quejó del dolor humano que invadía a las naciones americanas y a sus habitantes, que parecían abandonados de Dios por las guerras y las invasiones extranjeras:

[...]
 la Muerte, es inexorable, en su grandiosa
 misión de fecundar y renovar la Vida;
 los hombres mueren, para que el Hombre viva;
 el Patriotismo, mata al patriota, para salvar la Patria,
 ¡Cómo la vida es absurda!...
 absurda y fatal;
 [...] (Vargas Vila, 1930: 4).

En ese ambiente de muerte, desolación y guerra, el poeta colombiano acusaba a Dios de haberse apartado; “ha huido muy lejos”:

[...]
 él puso de nuevo la carraca del asno, en
 las manos de Caín, y volvió el rostro, para
 no ver el sacrificio de Abel...
 huérfano de la divinidad, el hombre se
 halla solo, en manos de la fatalidad.
 [...] (5).⁴

3. LOS AUTORES DEL MADERISMO

Con estos antecedentes llegamos al uso dicotómico de los trabajos de autores que, de manera pública, militaron en la Revolución encabezada por

⁴ Vargas Vila (1930: IX) publicó en 1900, estando en Roma, el primer folleto de este poema-denuncia. Después, en la edición de 1930, aparece un prólogo de su autoría fechado 1923.

Francisco I. Madero y en su corto gobierno. Aquí vamos a demostrar que los lugares comunes de la Biblia son utilizados para educar, denunciar y enaltecer a la víctima. Los escritores son: el nicaragüense Solón Argüello (fue su secretario privado); el costarricense Rogelio Fernández Güell (director de la Biblioteca Nacional); el español Rogelio Rendueles (periodista combativo, sobre todo a la muerte de Madero); el salvadoreño Gustavo Solano (sobre todo, cercano a algunos jefes carrancistas); el poeta y dramaturgo mexicano Marcelino Dávalos (asesor legal del gobierno); el hondureño Matías Oviedo (agente de prensa, director y editorialista de *Nueva Era*, órgano informativo del partido del presidente) y el peruano José Santos Chocano (quien se trasladó a México para acompañar el gobierno de Madero).

El “festín de Baltasar” y su profecía sobre la caída de un rey, según el libro de *Daniel*, debió ser de dominio público. Una síntesis: en medio de un banquete, cuando Baltasar pedía más vino para brindar en las copas sagradas, sustraídas del templo de Jerusalén, apareció un mensaje de tres palabras incomprensibles, dejado por una misteriosa mano. Su esposa, preocupada, exigió que fuesen interpretadas de inmediato. Llamaron entonces al profeta Daniel quien declaró que era un aviso de la inminente caída de Baltasar (según el Antiguo Testamento, murió aquella misma noche). Las tres palabras (así escritas entre 1910 y 1915, en los textos consultados) son “mane, thecel, phares”, del hebreo transliterado. Sin embargo, en otras traducciones como la Biblia Reina-Valera, el monarca se llama Belsesar y las palabras son: “mene, teke, pheres”. Para Araguz y Bustamante Martínez (2003: 64), tales palabras proceden del caldeo “y significan, respectivamente, numerar, pesar y dividir”. Y, en efecto, al morir Baltasar, su reino se dividió entre los medos (Darío) y persas (Ciro).⁵

El más lejano uso poético-político de las tres palabras como sinónimo de ‘fin de una tiranía’ las encontré en “Sinfonía de combate”, poema de Santiago de la Hoz:

⁵ Esta es la versión que ofrece de “El festín de Baltasar” el Beato de Liébana al comentar el Apocalipsis de Juan (Códice del Monasterio de Santo Domingo de Silos, f235r, Quinta visión). Pero no fue el único intérprete. Estas visiones de corte apocalíptico, en donde se mezcla lo fantástico con lo percibido las revisan Antonio Araguz y Bustamante (2003: 62), e incluyen una ilustración del pasaje aludido, del beato mozarabe del monasterio palentino de Valcavado.

[...]
 Es el festín de Baltasar, la tierra
 al peso de la infamia se estremece
 y no relumbra el rayo de la guerra;
 ¡El *Mane, thecel, phares* no aparece!
 Pero no, no te aflijas, Patria mía,
 el mal nunca perdura
 ¡Siempre después de toda tiranía
 la rediviva libertad fulgura!
 [...] (De la Hoz, 1974: 29).

Estos versos del poeta liberal fueron muy conocidos entre los precursores de la Revolución de 1910. Fue escrito en 1904 cuando tarde, pues De la Hoz murió en mayo de este año. Se lee con claridad cómo las palabras hebreas, aunque no se han escritas todavía, aparecerán para anunciar la caída del dictador (Díaz). Es muy de creer que el revolucionario Solón Argüello conociera esta sinfonía. Insertó la metáfora bíblica en “Cuauhtémoc, héroe”. Al último rey azteca lo describe como el viejo soldado que vigila el digno comportamiento de sus descendientes ante un nuevo “déspota”. El poema revela que el alma del antiguo soberano hizo despertar a los mexicanos:

[...]
 Mas el Cuauhtémoc que hace menos de cuatro siglos
 que se encarnó en la Patria, contra de los vestiglos
 de la opresión, ha vuelto. Y ha encarnado en un hombre
 –y es el país en masa–. ¿Quién no sabe su nombre?

Y á una voz, á una sola, se escuchó la protesta
 de la Nación esclava. Se interrumpió la fiesta
 del Baltasar de México. Y desde agenos lares
 leyeron las naciones el “*Mane, Thecel, Phares*”.

Surgió de nuevo el pueblo. Y el águila mexicana
 que puede haber cadenas; pero que nunca abdica,
 se sacudió las plumas con señoril coraje
 y desplomó del déspota el trémulo andamiaje
 [...] (Argüello, 2017: 314).

Por su parte, la misteriosa expresión fue empleada por Rogelio Fernández Güell en *Episodios de la Revolución mexicana* (1915), cuando aborda el contexto en el que se difundió el *Plan de San Luis*, que convocó a la sublevación contra Porfirio Díaz. Para anunciar el día del levantamiento en armas (20 de noviembre de 1910), los días previos se fijaron cientos de carteles con la fecha, como cuando aparecieron las tres palabras incomprensibles en el banquete ofrecido por Baltasar. Los revolucionarios querían manejar el suspenso (Fernández Güell, 2017: 102). Dicho sea de paso, en *Episodios*, la palabra “apóstol” (o apóstoles) aparece en 28 ocasiones. Con excepción de una referencia al ‘apostolado’ de José Martí, todas las contabilizadas llevan a la figura del caudillo revolucionario.

Los Judas/Jesús y Caínes/Abeles fueron lugares más solicitados. Rogelio G. Rendueles los exhibió de este modo en su poema “Y dijo así”, el cual describe la mirada de sombras o fantasmales:

[...]
 No acierto á veros bien, y sólo alcanza
 mi afán desesperado a distinguiros
 por la rabiosa saña,
 con que acrecéis, cobardes,
 la furia de la hirviente marejada.
 [...] (Rendueles, 1916: 2).

Al afinar la vista, distingue quién es el Judas, o Shylock, de *El mercader de Venecia*, en las siguientes estrofas, con las que termina el poema:

Tú —te conozco bien— eres el Judas,
 asalariado tráfuga
 de todos los partidos, y en tu escudo,
 de ignominia blasón, parlantes campan
 innúmeros cuarteles,
 que fe nos dan de innúmeras infamias.

Tú, el del plácido gesto, el que arrobado
 en éxtasis proclamas
 que la vida es un tránsito, y no vale
 la pena de vivirla, el rostro alza,
 que ya te conocí... Eres el Shylock

del perdurable drama,
 el que favores presta... y se los cobra;
 cobrándole al deudor trozos de entraña.
 [...] (2).

El Judas o Shylock en este poema ya no es el militar insubordinado y asesino, sino:

[...]
 Tú, el rico comerciante,
 que en el libro de caja
 has pensado asentar la ejecutoria
 de una pretensa estirpe nobiliaria,
 sé quién eres, quién fuiste... y aún recuerdo
 la quiebra en que se basan
 tus riquezas de hoy. Y tú, letrado
 que la letra legal truecas en malla
 con qué apresar idiotas. Y tú, clérigo
 de la conciencia elástica,
 mercader de la fé, chalán del dogma.

 Y tú, cínico exhombre. Y tú, canalla,
 galeote de tu esposa.
 Y tú... y tú... y aquél... ¡Nadie se escapa!
 Aunque el agua me ciega,
 á todos os distingo. ¡Alzad las caras!
 Y seguir —os lo ruego— mi martirio
 festejando con locas carcajadas.
 [...] (2).

La voz poética se retira de ellos, de lo que representan: “[...] Yo no soy digno / de estar entre vosotros...”. Rendueles advierte que, pese a que traicionen, los desprecia y así termina:

[...]
 Canta el himno viril en que condensa
 mi desprecio profundo hacia la taifa
 de hipócritas tartufos, que la vida
 han convertido en sucia mascarada.

Canta el himno valiente,

que acaso escucharéis desde la playa
 —¡Oh discretos prudentes foragidos!—
 mientras el torpe náufrago se apaga
 la vida miserable,
 el cielo por dosel, por lecho el agua... (2).

En el drama *Apóstoles y Judas*, de 1915, Gustavo Solano adecua los perfiles de estos personajes a la realidad nacional. En el monólogo intitulado ‘Carranza solo’, el primer traidor es Díaz⁶ en voz de un oficial que enuncia versos endecasílabos en cuartetos, sin rima; las escenas siguen hasta que se verifica el juicio militar contra Félix Díaz, sobrino del expresidente, quien se insubordinó en Veracruz, a finales de 1912.⁷ Solano coloca a Madero en la sala de juicios cuando leen la sentencia del brigadier, para sentenciar al rebelde:

[...]
 Escucha... Pancho Madero
 No será el sepulturero
 Que cave tu sepultura,
 Pues no trueco a bajo precio
 Mi estirpe noble y valiente,
 Para marcarte la frente.
 [...] (Solano, 1915: 7).

La escena continúa con un estrechar de manos entre Huerta y Madero, cuando el primero le jura lealtad absoluta al segundo. Sigue un monólogo con relación a los hechos de La Ciudadela (lugar donde se pactó el golpe de Estado), confía en que ganará, pero tiene un “presentimiento”. Eso acontece cuando ingresan a su oficina Gustavo Garmendia y José María

⁶ En un editorial de *El Diario de Zacatecas*, de julio de 1911, Matías Oviedo también coloca a Díaz como un Judas. Es el “déspota Iscariote” que, exiliado en París, ahora “bebe despechado las lágrimas del ostracismo”.

⁷ En otra editorial de Matías Oviedo, de *Nueva Era* (1912) Félix Díaz es un “traidor de abolengo”; junto con el general Enrique Mondragón “y sus secuaces” pretenden la reinstauración de la tiranía en el país. “Son los que tratan de hacer en nuestra patria un festín de Baltasar y ansían la intervención extraña, creyendo que esta será favorable a sus bastardos fines”.

Pino Suárez a persuadirle de que Huerta ha traicionado al presidente. Acontece la histórica escena en donde Garmendia saca su pistola para evitar que el coronel Riveroll, quien se ha lanzado contra el mandatario, lo capture y mate. Garmendia dispara cinco tiros y Riveroll muere al instante. Entran más soldados, entre ellos, Huerta. Madero le escupe, cuando en la escena, y señala:

[...]
 ¡Él! ¡El traidor...! ¡qué osadía!
 Yo que confié en su hidalguía
 Nombre dándole de leal,
 ¡Asesino! ¡Criminal!
 Se presenta todavía
 Quién supondría y pensara
 En su traición, ¡comediante!
 [...] (13).

Garmendia ha escapado. Huerta exige que maten a Madero y a Pino. “Huerta sonrío sanguinariamente. El telón cae poco a poco”. Enseguida, Venustiano Carranza organiza a su ejército y para reponer el orden firma el *Plan de Guadalupe*. Con el pliego en mano, exclama:

[...]
 De Francisco Madero la figura
 con el crimen aún más se ha engrandecido
 si hay justicia, si hay Dios en esa altura
 como cuenta la bíblica escritura,
 los traidores tendrán su merecido.
 [...] (7).

Huerta queda como un “foragido ignominioso”, “/un traidor estupendo, un ambicioso/ y nosotros la Ley y la Justicia/” (15). Este militar es un “Iscariote” que ha asesinado al nuevo Jesús, al “apóstol” Madero:

[...]
 Y Huerta, el Iscariote
 con lanza y con azote
 en su trono de crimen sonreía;
 hasta que vos, apóstol prepotente,
 del Derecho pensando en los despojos,

os erguiste glorioso; y, vuestra frente
con resplandores rojos.
[...] (25).

El binomio Judas/Caín que limita a ser “buenos” o “malos” a los actores políticos de los tiempos que abordamos, también está en la obra de Marcelino Dávalos. En “Tristísima caída”,⁸ que podría considerarse un poema autobiográfico, la voz recuerda que hubo muchas tristezas en el pasado (como enterrar a su esposa y a su hijo Juan) las cuales fueron recompensadas con un pecho lleno de blasones y cintillas por su carrera militar, en la que halló consuelo. Y recita:

[...]
¿Hay dichas más intensas
que el propio obrero ser de sus blasones?
Mis espiguillas... cintas... mis galones...
¡no ambicionaba nada más! ¡y en plena vida
mi epifanía ver desvanecida!
[...] (“Florilegio”, 1916: 87).

El placer que otrora le había motivado, ahora se convertía en su peor desventura: aquella institución de la cual él se sentía tan orgulloso era la que había planeado el golpe definitivo en contra del caudillo:

[...]
Primero fue un rumor, vago, impreciso...
nube que asciende desde el fondo bajo.
—“El Ejército... ¡oh! ¿sabéis lo que hizo?
¡Ha traicionado en masa! De improviso
me detuve, y lancé mi escupitajo
al que tal blasfemaba... ¡era preciso!

⁸ En *Florilegio de poetas revolucionarios*, antología donde aparece este poema, se asienta que fue escrito el 18 de febrero de 1913. Por la fecha, es inevitable pensar que la traición denunciada no es solo a la institución militar y a la institución presidencial sino también alevosía en contra de Gustavo A. Madero, hermano del presidente y diputado, el cual, en efecto, fue asesinado ese día. En este libro, el poema está dedicado así: “Mi homenaje a los nobles milicianos supervivientes del naufragio”.

.....

 ¡Mas ay, era verdad! Se confirmaron
 mis dudas y al cumplirse aquel presagio,
 mis lágrimas rebeldes desbordaron
 a raudales... ¿qué resta del naufragio?
 ¡un pabellón antaño tan felice
 que esboza al flamear frases sañudas;
 y un águila irritada que maldice
 de las estirpes de Caín y Judas!
 ¡Nunca prescribirá, no tendrá indulto
 vuestro crimen! ¡horrible desengaño!
 ¡en el fango abatir mi único culto!
 [...] (88).

Los traidores y los Judas son aquí los jefes militares, conocidos suyos todos, precisamente, por su trabajo como militar. El ascenso de estos personajes en la carrera de las armas fue, pero en la “traición”, escribe el poeta. Y Dávalos termina con la exigencia de un gran juicio en contra de estos generales:

[...]
 ¡Oh, sirena-traición! Tu canto finge
 sonrisa de cristal, caricias de ala!
 la aberración eterna de la esfinge:
 ¡Hércules adormido por Onfala!
 Pero tendrá que ser: la patria mía
 a los culpables tenderá su brazo;
 para el tremendo día,
 el día de la Historia... ¡yo os emplazo! (89) .

Fernández Güell también utilizó a los Judas como perjuros de Madero. En *Episodios*, los Judas aparecen cuatro veces. Pero no son los militares golpistas nada más sino de la esfera civil los cuales, en su consideración, fueron renegando de la causa maderista. El primero es Querido Moheno (Fernández Güell, 2017: 178); el segundo, es Pascual Orozco; el tercero, el general Aureliano Blanquet (283) y el cuarto es la Traición, como un poder. Moheno había sido de los primeros opositores a las reelecciones de Díaz desde el siglo XIX y en 1912 se declaró anti-maderista. Con Huerta fue nombrado canciller. Orozco, por su parte, fue de los primeros

voluntarios en la revolución de 1910, con victorias militares muy importantes en el norte de México, pero también defecionó en 1912 y en 1913 se incorporó al gobierno golpista. El tercero ya era brigadier; es a quien nombra Madero para combatir a los rebeldes (que son ellos mismos) y quien lo detiene el 18 de febrero de 1913, en su propio despacho presidencial.

Abundo en Blanquet. Por tratarse de una crónica documentada, Fernández Güell se esmera en probar los hechos. La deslealtad de este general está a la vista en un telegrama que envía al presidente Madero, el 10 de febrero de 1913 desde el cuartel general de Toluca, y expone: “He sabido que en México se dice que he defecionado. Protesto enérgicamente contra esta falsa versión y ruego a Ud. que esta mi protesta, se haga pública”. Madero —según publica Fernández Güell— respondió: “Nunca he puesto en duda su lealtad. Hoy mando a hacer certificaciones” (282-283). Y anota, rematando con la leyenda de Baltasar:

Estos telegramas lo dicen todo: la vileza del traidor, su miedo al Gobierno; su rastrera hipocresía y la grandeza del alma de Madero. El “respetuosamente” de Blanquet es el puñal de Ravailac arrodillado a los pies de Enrique IV, o con más propiedad, el beso de Judas a su maestro. La frase de Madero “nunca he puesto en duda su lealtad”, revela el alto concepto que el noble y heroico presidente tenía del malvado, y mientras este viva, flameará ante sus ojos como las terribles palabras que escribió Jehová en el muro maldito de Baltasar (283).

La cuarta y última anotación aparece en el final de la crónica. Revela las sensaciones que hubo luego de los asesinatos. La cita es larga, pero refleja bastante bien el pensamiento y concepción del momento que tenía uno de los ‘apóstoles’ del maderismo:

Pareció que un nuevo Macbeth salía, con el arma ensangrentada, de la cámara de Duncan, y que volvían los tiempos del veneno y del puñal. Sintióse en México algo de lo que debió de sentirse en Jerusalem el día de la crucifixión del Redentor, y las gentes mirábanse en las calles como debieron de mirarse los hebreos al bañar el sol con su postrer lumbrarada, el trágico monte de las tres cruces. Asombro, horror, conmiseración y remordimiento pintábanse en todos los semblantes y en la imaginación de todos, la imagen del Mártir del Gólgota, grande y majestuosa, cruzó, orlada de luz, por el sendero ideal en que se proyecta la sombra de Judas pendiente del árbol fatídico (332).

El cuarto Judas mencionado por el costarricense es “la Traición”, vamos a escribir, con mayúscula. Porque en este drama, siguiendo al autor, se revela una serie de delaciones y ardidés durante los trece meses que duró su gobierno. El general Huerta es el traidor por excelencia en la obra, pero de cerca están el brigadier Félix Díaz y sus oficiales, sublevados en Veracruz a finales de 1912, entre los que se encuentra Blanquet; Este cuarto Judas es también el “militarismo traidor”, como el que terminó con la vida de Venustiano Carranza, “asesinado por el hacha de un traidor” (133).

Dicho sea de paso, en la compilación *Madero y sus detractores. Por varios maderistas* (son diferentes alias de Pedro Lamicq), los Judas se nombran en seis ocasiones. Además, en este libro se hacen frecuentes paralelismos acerca de las vidas de Jesús y de Madero. Un ejemplo: “A Cristo, un momento, lo negó un apóstol cuando vinieron a prenderlo; a Madero lo negaron aquellos que, en la Cámara [al aceptar sus ‘renuncias’], representaban al pueblo lo mismo que a sus doctrinas, y los peores de sus discípulos [...] se llenaron de ambición y de orgullo” ([Lamicq], 1917: 13).

Otro maderista que empleó a los ‘Judas’ para colocar a buenos y a malos; a leales y a traidores, fue el hondureño Matías Oviedo. Porque, en su parecer, las defecciones no ocurrieron tan solo el día del golpe de Estado, sino desde 1910. En su artículo “Madero y los judas antirreleccionistas” acusaba, desde agosto de 1912, que antiguos correligionarios del Centro Antirreleccionista (fundado en 1911 en torno a la candidatura presidencial del futuro mandatario) ya habían desertado y se dedicaban a intrigar, a sembrar desconfianza y a desconocerlo: “No contentos con haber traicionado a la patria, simbolizada en la Revolución, arrojan cieno ahora sobre el caudillo preclaro, en intento de maculación imposible”. No proporciona nombres.

Termino este análisis con José Santos Chocano, otro de los escritores involucrados en el gobierno de Francisco I. Madero. Cuando fue expulsado del país por ser “extranjero pernicioso”, a causa del golpe de Estado, partió a La Habana y pronunció el discurso “Por la raza y por la humanidad”, el 27 de julio de 1913. En este explicaba las razones que habían originado la Revolución en México y cómo, después de un proceso democrático, arribaba al poder un civil que encausaría las justas demandas de la población. Enseguida, denunciaba a Huerta como el artífice del complot,

del asesinato y de la persecución de decenas de militantes maderistas, de periodistas y de soldados insurrectos:

Yo no soy extranjero en ningún país de mi habla; y por más pernicioso que como extranjero pudiese ser, nunca lo sería tanto como los nacionales que exhiben a su patria entre traiciones y asesinatos, ante mis ojos extranjeros [...]. Los enemigos del apóstol atribuyeron a mi pluma quehaceres mercenarios (Santos Chocano, 1913: [3]).

Y mandaba a decir a Victoriano Huerta que él no tenía precio: “todas las minas de México no contienen oro bastante para comprarme una palabra”. “Si Huerta fuera capaz de oír el consejo de un hombre desinteresado, y le aconsejaría el suicidio como única manera de acabar decorosamente con la crisis que ha provocado en su Patria, en nuestra Raza, en la Humanidad”. Agregaba: pero “este contra-hombre sesquipedal, es incapaz de sentir siquiera el último pundonor de Judas”. Terminaba su alocución con un deseo: poder estrechar la diestra, en el “plano astral” del Apóstol Madero y del Apóstol Mártir. “He soñado juntarlas para siempre, en un apretón de simpatía, en que palpitaran confundidas las almas de dos pueblos washingtonescamente grandes, grandes en la paz, grandes en la guerra y grandes en mi corazón de hispano-americano” ([4]).

CONCLUSIONES

Los poemas y narraciones empleados han demostrado que el uso de lugares comunes extraídos de la Biblia era frecuente, como en siglos pasados. La novedad, en este caso, es su propósito político: informar sobre el asesinato del presidente Francisco I. Madero, de manera que la opinión pública, no solo el público culto, comprendiese que los hechos eran muy graves: un complot militar destruía la naciente institución democrática del país. La noticia del crimen sin duda fue escandalosa, pero después de la sensación era apremiante provocar que el juicio popular ‘moviera a la sospecha’ y a la acción: por un lado, desacreditar la versión de que su muerte tuvo que ver con un incidente callejero como se llegó a decir oficialmente, y, por otro, mover a la indignación. En el mejor de los casos, quizás: sumarse al ejército insurgente que lideraba Venustiano Carranza en defensa de la Constitución. Sus *apóstoles*, escritores y periodistas en su mayoría extranjeros (pues la intelectualidad y los artistas nacionales

apoyaron poco al movimiento maderista y al presidente), trataron denunciar los hechos, sobre todo en poemas y narraciones.

Un vicio tan grave (crimen) permitía exaltar una virtud muy grande (santidad). Como este, varios binomios dicotómicos pudieron exponerse estéticamente en los versos de estos poetas para ser enseñados: a lo feo, anteponer lo bello; a la traición, la lealtad; a la ilegalidad, la ley; al secreto, la denuncia; a la injusticia, la justicia y a la maldad, la bondad. Por ello, el paralelismo entre la vida de Jesús y la de Madero resultó, digamos, natural; era pública la actitud generosa del caudillo revolucionario y sus constantes ‘perdones’ a quienes fallaban en probidad; incluso, a los militares, como fue el caso de la amnistía a Félix Díaz. En vida, llegaron a nombrarlo “apóstol de la democracia”. Lo mismo ocurrió con el *cumplimiento* de la profecía de Baltasar pero, ahora, para anunciar tanto la caída de Porfirio Díaz como el infeliz desenlace del gobierno de Madero.

La exaltación de los horrores y de los altos ideales se lograba, recomendaron los antiguos, con la amplificación. De este modo, el delito debía ser exagerado. Sin embargo, en esta ocasión la realidad sobrepasaba toda capacidad estilística de cualquier figura retórica. Como Manuel José Othón, estos autores ‘pintaban al aire libre’, no en caballete. El realismo literario desmerecía ante el realismo político, y era éste ahora el que nutría a aquel de fábulas y argumentos. Por ello, la división inequívoca de buenos y de malos fue dialéctica y radical; sin puntos medios: como discípulo de la democracia, de Madero, ¿fuiste leal o fuiste traidor al apóstol?; como *hermano del maderismo*, como apóstol, ¿asesinaste o no a tu hermano?; como mexicano, ¿validas el militarismo asesino con tu silencio o lo denuncias y reclamas justicia?

Derivado de lo anterior, en el concreto caso de los autores citados, las citas bíblicas no tuvieron el propósito de mostrar eruditos en la materia ni a maestros del adoctrinamiento católico; antes bien, la exposición revela que supieron emplear leyendas de dominio común para encajarlas con la noticia y revelar la magnitud del delito. En síntesis: comunicar, educar a la ciudadanía y ‘reformar las costumbres’, como enseñaba la oratoria antigua: un crimen es ignominioso, interpela a la moral. Asesinar presidentes no puede ser costumbre.

Estos lugares comunes se construyeron mezclando los tres géneros clásicos: el demostrativo, el deliberativo y el judicial. Cuando se trató de ensalzar al caído mártir (Madero) o cuando se propusieron vituperar al tirano (Porfirio Díaz) o al traidor (Huerta), tomaron de los tres tipos de discurso y sus respectivos tiempos verbales y artificios.

De los autores empleados para este trabajo, dos fueron asesinados: Solón Argüello (1913) y Rogelio Fernández Güell (1918); Marcelino Dávalos llegó a ser canciller de México en el gobierno provisional de Venustiano Carranza y tras el homicidio de éste, en 1920, se retiró de la vida política. Gustavo Solano se apartó al periodismo en Estados Unidos, aunque cercano a los carrancistas. Matías Oviedo retornó a Honduras en 1915; José Santos Chocano se fue de México ese mismo año y Rendueles no aparece más allá de *El Gladiador*, donde publicaba, en 1916.

BIBLIOGRAFÍA

- Argüello, Solón (2017), *Antología poética*, edición de Beatriz Gutiérrez Mueller, México/Puebla: Ediciones del Lirio/BUAP.
- Arellano, Ignacio (2004), “La Biblia en la poesía de Quevedo. Notas sueltas”, *La Perinola*, 8, 2004, pp. 17-48.
- Aristóteles (2008), *Retórica*, edición y traducción de Quintín Racionero, Madrid, Gredos.
- Baudelaire, Charles (2009), *Las flores del mal*, traducción de Pedro Provencio, Madrid, EDAF.
- Campillo y Correa, Narciso (1958), *Retórica y poética. Literatura preceptiva*, ed. y notas Alfredo Huertas García, México, Botas.
- Certeau, Michel de (1993), *La escritura de la historia*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana.
- Cicerón (2001), *El orador*, traducción de E. Sánchez Salor, Madrid, Alianza.
- Darío, Rubén (2018), “*Yo soy aquel que ayer no más decía*”. *Libros poéticos completos*, edición de Ricardo de la Fuente Ballesteros, Francisco Estévez, Alberto Acereda y Juan Pascual Gay, México, FCE.
- De la Hoz, Santiago (1974), *Sinfonía de combate*, México, Tipos Futura.

Estrada, Genaro (1916), “Manuel José Othón”, en *Poetas nuevos de México*, México, Porrúa, pp. 212-213.

Fernández Güell, Rogelio (2017), *Episodios de la Revolución mexicana*, edición de Beatriz Gutiérrez Mueller, México/Puebla, Ediciones del Lirio/BUAP.

Flórez, Julio (2013), *Obra completa*, en Gloria Smith Avendaño de Barón, “Edición crítica de la obra completa del poeta colombiano Julio Flórez” (Tesis doctoral), Universidad Nacional de Educación a Distancia, <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/tesisuned:Filologia-Gsavendano/Documento.pdf>.

Florilegio de poetas revolucionarios (1916), edición de Juan B. Delgado, México: Bajo los auspicios de la Revolución.

Fox Morcillo, Sebastián (2006), *De imitatione*, citado en Lola Pons Rodríguez, “Retórica y tradiciones discursivas”, en M. Fernández Alcaide y A. López Serena (eds.), *Cuatrocientos años de la lengua del Quijote. Estudios de historiografía e historia de la lengua española*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 67-78.

Henríquez Ureña, Pedro (1984), *Estudios mexicanos*, edición de José Luis Martínez, México, SEP.

Jato, Mónica (2004), *El lenguaje bíblico en la poesía de los exiliados españoles de 1939*, Kassel, Reichenberg.

[Lamicq, Pedro] (1917), *Madero y sus detractores*, El Paso: Imprenta de El Correo de El Bravo.

Martín Araguz, Antonio y Cristina Bustamante Martínez (2003), “Las visiones apocalípticas del Beato de Liébana”, *Ars Medica. Revista de Humanidades*, 1, 64, pp. 48-67.

Oviedo, Matías (1911), “Madero y los judas antirreleccionistas”, *El Diario de Zacatecas*, Zacatecas, 16 de agosto.

Oviedo, Matías (1912), “Judas”, en *Nueva Era*, México, 23 de abril.

- Pontano, Giovanni (2004), *Diálogo de Carón*, traducción y proemio de M^a José Vega Ramos, Salamanca, SEMYR.
- Quintín Racionero (2008), “Introducción”, en Aristóteles, *Retórica*, ed. y trad. Quintín Racionero, Madrid, Gredos, pp. 7-149.
- Rendueles, Rogelio G. (1916), “Escrito a guisa de prólogo para un libro de titirimendis que, si llega a publicarse, se titulará La canalla dorada”, *Gladiator. Diario de la Revolución y de los Revolucionarios*, México, Tomo I, Año I, 1 de diciembre.
- Santos Chocano, José (1913), *Gran discurso de José Santos Chocano para el mitin obrero celebrado en el Campo de Marte el 25 de julio de 1913*, La Habana, Tip. H. Rodríguez.
- Smith Avendaño de Barón (2019), “Edición crítica de la obra completa del poeta colombiano Julio Flórez” (Tesis doctoral), Universidad Nacional de Educación a Distancia, <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/tesisuned:Filologia-Gsavendano/Documento.pdf>.
- Solano Gustavo (1915), *Apóstoles y Judas. La actualidad mexicana en escena*, Laredo, Ladero Publishing Co. Inc.
- Vargas Vila, José María (1930), *Ante los bárbaros. El yanki. He aquí el enemigo*, Barcelona, Ramón Palacio Viso.
- Virraurrutia, Xavier (1998), “La poesía de Ramón López Velarde”, en Ramón López Velarde, *Obra poética*, edición de José Luis Martínez, Madrid, ALLCA XX, pp. 456-472.
- Vogt, Wolfgang (1990), “Influencias extranjeras en la literatura mexicana”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, Vol. XI, No. 42, primavera, pp. 101-111.